

*INTERVENCIONES*

**PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA:  
SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE  
NUESTRA EXPRESIÓN**

POR JORGE LUIS BORGES

Presentamos a continuación, gracias a la generosidad de Miguel Mena, un texto prácticamente desconocido de Jorge Luis Borges sobre los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña.

La reseña fue publicada en la revista mensual *La Palabra* (Buenos Aires: 30 de septiembre de 1928) con varias erratas que fueron corregidas a mano por Jorge Luis Borges en la copia que se encuentra en el Archivo de Pedro Henríquez Ureña del Colegio de México.

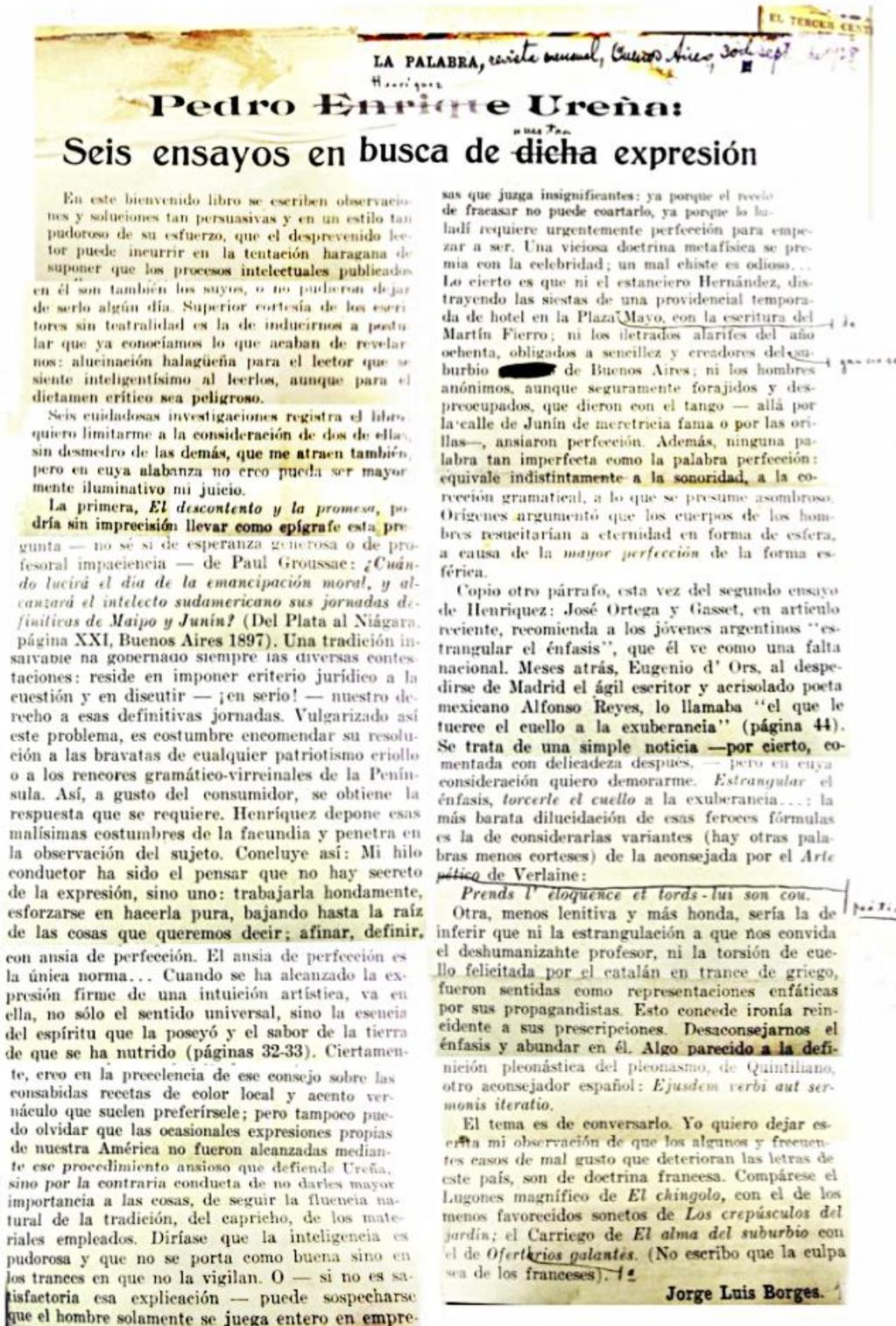
En la transcripción se han respetado las convenciones gráficas del original, se han enmendado las erratas corregidas por Borges y se han incorporado en notas ésas y algunas otras circunstancias. De todos modos, se ofrece una versión fotográfica del artículo, mejorada digitalmente.

El tema de la reseña conviene a este *dossier* porque Borges reivindica una cierta libertad expresiva y sitúa su argumentación en el contexto de los debates sobre la lengua nacional (y, si se quiere, americana) en los que intervino activamente durante décadas, igualmente distante de "las bravatas de cualquier patriotismo criollo" y de "los rencores gramático-virreinales de la Península", pero ciertamente en contra de cualquier imposición de un "criterio jurídico" a la expresión, es decir: del afán purificador y homogeneizador de las academias y (como dirá en otro texto célebre) los "institutos dialectológicos".

Daniel Link<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Dirige en la Universidad Nacional de Tres de Febrero la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos y el Programa de Estudios Latinoamericanos Contemporáneos y Comparados. Dicta cursos de Filología comparada en la Universidad de Buenos Aires, donde además es coordinador de la Cátedra Libre de Estudios Filológicos Latinoamericanos "Pedro Henríquez Ureña". Editó la obra de Rodolfo Walsh y publicó, entre otros, los libros de ensayo *La chancha con cadenas*, *Cómo se lee* (traducido al portugués), *Leyenda. Literatura argentina: cuatro cortes*, *Clases. Literatura y disidencia*, *Fantasmas. Imaginación y sociedad* y *Suturas. Imágenes, escritura, vida, La lectura, una vida...* (que publicará Gallimard en 2022 con traducción de Charlotte Lemoine), las novelas *Los años noventa*, *La ansiedad*, *Montserrat* y *La mafia rusa*, las recopilaciones poéticas *La clausura de febrero y otros poemas malos* y *Campo intelectual y otros poemas* y su *Teatro completo*. Su obra ha sido parcialmente traducida al portugués, al inglés, al alemán, al francés, al italiano. Dirige también la revista *Chuy* y el Diccionario Latinoamericano de la Lengua Española (DILE). Es chair de la sección "Archives" de LASA (2021-2023).



## Pedro Henríquez Ureña: Seis ensayos en busca de nuestra expresión<sup>2</sup>

En este bienvenido libro se escriben observaciones y soluciones tan persuasivas y en un estilo tan pudoroso de su esfuerzo, que el desprevenido lector puede incurrir en la tentación haragana de suponer que los procesos intelectuales publicados en él son también los suyos, o no pudieron dejar de serlo algún día. Superior cortesía de los escritores sin teatralidad es la de inducirnos a postular que ya conocíamos lo que acaban de revelarnos: alucinación halagüeña para el lector que se siente inteligentísimo al leerlos, aunque para el dictamen crítico sea peligroso.

Seis cuidadosas investigaciones registra el libro: quiero limitarme a la consideración de dos de ellas, sin desmedro de las demás, que me atraen también, pero en cuya alabanza no creo pueda ser mayormente iluminativo mi juicio.

La primera, *El descontento y la promesa*, podría sin imprecisión llevar como epígrafe esta pregunta —no sé si de esperanza generosa o de profesoral impaciencia— de Paul Groussac: *¿Cuándo lucirá el día de la emancipación moral, y alcanzará el intelecto sudamericano sus jornadas definitivas de Maipo y Junín?* (Del Plata al Niágara, página XXI, Buenos Aires 1897). Una tradición insalvable ha gobernado siempre las diversas contestaciones: reside en imponer criterio jurídico a la cuestión y en discutir — ¡en serio!— nuestro derecho a esas definitivas jornadas. Vulgarizado así este problema, es costumbre encomendar su resolución a las bravatas de cualquier patriotismo criollo o a los rencores gramático-virreinales de la Península. Así, a gusto del consumidor, se obtiene la respuesta que se requiere. Henríquez depone esas malísimas costumbres de la facundia y penetra en la observación del sujeto. Concluye así: “Mi hilo conductor ha sido el pensar que no hay secreto de la expresión, sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma... Cuando se ha

---

<sup>2</sup> El título impreso fue: “*Pedro Enrique Ureña: Seis ensayos en busca de dicha expresión*”. Sobre tachado, se introducen las correcciones manuscritas “Henríquez” y “nuestra”. Además, se agrega después del título de la revista, “revista mensual, Buenos Aires, 30 de sept de 1928”.

alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido” (páginas 32-33). Ciertamente, creo en la preclencia de ese consejo sobre las consabidas recetas de color local y acento vernáculo que suelen preferírsele; pero tampoco puedo olvidar que las ocasionales expresiones propias de nuestra América no fueron alcanzadas mediante ese procedimiento ansioso que defiende Ureña, sino por la contraria conducta de no darles mayor importancia a las cosas, de seguir la fluencia natural de la tradición, del capricho, de los materiales empleados. Diríase que la inteligencia es pudorosa y que no se porta como buena sino en los trances en que no la vigilan. O —si no es satisfactoria esa explicación— puede sospecharse que el hombre solamente se juega entero en empresas que juzga insignificantes: ya porque el recelo de fracasar no puede coartarlo, ya porque lo baladí requiere urgentemente perfección para empezar a ser. Una viciosa doctrina metafísica se premia con la celebridad; un mal chiste es odioso... Lo cierto es que ni el estanciero Hernández, distrayendo las siestas de una providencial temporada de hotel en la Plaza de Mayo<sup>3</sup>, con la escritura del Martín Fierro; ni los iletrados alarifes del año ochenta, obligados a sencillez y creadores del gracioso suburbio<sup>4</sup> de Buenos Aires; ni los hombres anónimos, aunque seguramente forajidos y despreocupados, que dieron con el tango —allá por la calle de Junín de meretricia fama o por las orillas—, ansiaron perfección. Además, ninguna palabra tan imperfecta como la palabra perfección: equivale indistintamente a la sonoridad, a la corrección gramatical, a lo que se presume asombroso. Orígenes argumentó que los cuerpos de los hombres resucitarían a eternidad en forma de esfera, a causa de la *mayor perfección* de la forma esférica.

Copio otro párrafo, esta vez del segundo ensayo de Henríquez: José Ortega y Gasset, en artículo reciente, recomienda a los jóvenes argentinos “estrangular el énfasis”, que él ve como una falta nacional. Meses atrás, Eugenio d’Ors, al despedirse de Madrid el ágil escritor y acrisolado poeta mexicano Alfonso Reyes, lo llamaba “el que le tuerce el cuello a la exuberancia” (página 44). Se trata de una simple noticia —por cierto, comentada con delicadeza después—, pero en cuya consideración quiero demorarme. *Estrangular el énfasis, torcerle el cuello a la exuberancia...*: la más barata dilucidación de esas feroces fórmulas es la de considerarlas variantes

<sup>3</sup> Borges agrega el “de” en el margen y a mano, apartándose de la antigua designación “Plaza Mayo” (la estación de subte inaugurada el 1 de diciembre de 1913 llevaba ese nombre) y que, en la época de publicación de la reseña resonaba ya a arcaísmo propio de “criollo viejo”.

<sup>4</sup> En el original, se lee “suburbio gracioso De Buenos Aires”, probablemente, porque el presunto “gracioso” aparece vigorosamente tachado y es ilegible. Al margen, se agrega a mano el adjetivo antes de “suburbio”.

(hay otras palabras menos corteses) de la aconsejada por el *Arte poética*<sup>5</sup> de Verlaine:

*Prends l' éloquence et tords - lui son cou.*<sup>6</sup>

Otra, menos lenitiva y más honda, sería la de inferir que ni la estrangulación a que nos convida el deshumanizante profesor, ni la torsión de cuello, felicitada por el catalán en trance de griego, fueron sentidas como representaciones enfáticas por sus propagandistas. Esto, concede ironía reincidente a sus prescripciones. Desaconsejarnos el énfasis y abundar en él. Algo parecido a la definición pleonástica del pleonasma, de Quintiliano, otro aconsejador español: *Ejusdem verbi aut sermonis iteratio*.<sup>7</sup>

El tema es de conversarlo. Yo quiero dejar escrita mi observación de que los algunos y frecuentes casos de mal gusto que deterioran las letras de este país, son de doctrina francesa. Compárese el Lugones magnífico de *El chingolo*, con el de los menos favorecidos sonetos de *Los crepúsculos del Jardín*; el Carriego de *El alma del suburbio* con el de *Ofertorios galantes*.<sup>8</sup> (No escribo que la culpa sea de los franceses).

Jorge Luis Borges

---

<sup>5</sup> En el original se lee “pético”, corregido al margen por Borges.

<sup>6</sup> “Toma a la elocuencia y retuercele el cuello”

<sup>7</sup> “Repetición de la misma palabra o discurso”

<sup>8</sup> Borges corrige la palabra a mano, que había aparecido impresa como “Ofertarios” u “Ofertorios”.